

EL TRABAJO

Órgano de la Sociedad de Albañiles de Madrid

Teléfono 15156.—Secretaría 25.—Fiamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Todos para uno
Uno para todos

Enero 1931

Nuestros problemas

Uno de los que mayor atención requieren de la Junta directiva es el que nos plantea desde hace algunos meses la disminución en el número de asociados.

¿A qué obedece este descenso en nuestras fuerzas organizadas?

Para los compañeros acostumbrados a examinar las cosas en su superficie, la explicación puede darse diciendo que, como no estamos en ocasión de mejorar nuestras condiciones de trabajo, poco importa nuestra colaboración decidida a la obra de organización, en que debemos trabajar con el mayor entusiasmo.

Olvidan o ignoran estos compañeros de trabajo que la debilidad de nuestras organizaciones se advierte entre los patronos mucho antes de que lleguemos a percatarnos de ella. Los abusos cometidos contra una o varias cláusulas del contrato de trabajo son manifestaciones evidentes de esta convicción patronal. Aquellos trabajadores que abandonan la misión que les corresponde en este aspecto de nuestra vida sindical, contribuyen inconscientemente a fortalecer la posición de nuestros enemigos.

Tampoco faltan entre nosotros los camaradas que atribuyen todo cuanto ocurre en una organización a la fuerza espiritual de su Junta directiva. Las deficiencias de nuestra instrucción general se manifiestan claramente en aquellos momentos en los cuales se nos pide la aportación individual que estamos obligados a prestar. Piensen los compañeros que se sitúan en este plano del problema que el trabajo de organización obrera no admite comparación con las actividades de captación que ponen en juego nuestros enemigos. Nuestra propaganda debe hacerse a base de razonamientos sencillos y convincentes, como corresponde a la mentalidad media de los trabajadores españoles. La Directiva está obligada a procurar las enseñanzas de que sea capaz en cuantas ocasiones se ponga en contacto con sus asociados; pero éstos, que viven a diario en estrecha relación con el trabajo, deben poner de su parte cuanto puedan en la propaganda individual.

Para esto se impone como una necesidad urgente la elevación de nuestro nivel cultural hasta el punto indispensable para que terminen dificultades tan grandes como las que encuentran algunos compañeros para el desempeño de misiones especiales en las obras.

La indiferencia que caracteriza a algunos compañeros no organizados, y que representa uno de los escollos más difíciles de vencer, no comenzará a disminuir sensiblemente hasta que haya en cada obra un elemento capaz de comprender estas dificultades y con la decisión necesaria para vencerlas sin recurrir a procedimientos impropios de nuestra organización.

UNA CIRCULAR

Nuestra Sociedad ha publicado la siguiente:

«A la organización obrera de España.

El estado de pasión que ha producido en los medios obreros españoles la actuación de elementos que no comparten nuestro modo de pensar ha tenido un triste epílogo entre los albañiles madrileños.

Uno de los compañeros más destacados por su lealtad a los ideales que defendemos ha perecido víctima del atentado cometido por un inconsciente. De este modo se quería rebelar contra decisiones, tan justas como razonables, tomadas por la organización donde trabajaba.

La personalidad de Luis Fernández en el movimiento obrero de Madrid

era tan acusada, que la enunciación de su nombre y la escrupulosidad en el desempeño de los cargos que se le confiaron es suficiente para acreditarle como uno de los hombres de organización a quienes cuesta trabajo reemplazar.

Estimando, de una parte, los méritos del camarada asesinado, y de otra, las circunstancias que rodearon su muerte, la Sociedad de Albañiles ha señalado una pensión mensual de doscientas pesetas a la familia. Pero queremos que este homenaje de carácter material no quede reducido a los estrechos límites del círculo societario donde Luis Fernández desarrolló sus actividades. Deseamos que la organización obrera de España rinda este último tributo de cariño hacia el compañero muerto, contribuyendo con sus modestas aportaciones materiales a aliviar la situación de su mujer e hijo.

A este fin se ha abierto una suscripción pública durante tres meses, a la que podrán contribuir las organizaciones y particulares que lo estimen oportuno, remitiendo las cantidades votadas a nombre del compañero Feliciano Martín, Fiamonte, 2, Casa del Pueblo.

Mientras fortalecemos nuestro espíritu para luchar contra toda suerte de enemigos de la organización obrera, demos la sensación ante quien nos observa de que en modo alguno olvidaremos los servicios recibidos de hombres tan generosos como el secretario de esta Sociedad.

Vuestros y de la causa obrera: El presidente, **Gregorio Pedrosa**. El secretario accidental, **Anastasio de Gracia**.

1 de diciembre de 1930.»

Contra los abusos de la racionalización

Nueva reducción de la jornada de trabajo

Después de la Internacional Sindical, también la Internacional Socialista ha adoptado a su vez el lema de una nueva reducción de la jornada de trabajo. Recientemente hemos tenido conocimiento de la resolución votada acerca de este punto en la última reunión del Ejecutivo de la Internacional Obrera Socialista, ha poco celebrada en Berlín. En ella invita al proletariado a luchar para obtener la disminución de la jornada de trabajo por bajo de la semana de cuarenta y ocho horas, tomando siempre como punto de partida la consolidación de la jornada de ocho horas.

En el Congreso de Bruselas de 1928 la Internacional Socialista no se ocupó de este aspecto del problema planteado por las consecuencias de la racionalización, sin duda porque entonces no había tomado posición sobre este asunto la Federación Sindical Internacional. Pero hoy muchas grandes Secretarías profesionales internacionales — las de las industrias más afectadas por la racionalización — reclaman esa reducción en las horas de trabajo.

Las dos Internacionales están, pues, llamadas a proseguir en ese sentido una acción concordante.

Los que desde hace muchos años vienen repitiendo que la disminución del tiempo de trabajo era el medio más eficaz para atenuar los abusos producidos por la racionalización, tienen, pues, motivos para quedar satisfechos.

Dichos abusos se precisan cada vez más. Hoy no se atreve nadie a sostener que la racionalización no entraña fatalmente tendencia al paro. Los proletarios de Europa central lo saben muy bien. La crisis económica general cuyas consecuencias sufren se complica en esta parte de Europa con una sobreproducción que es, en último resultado, la más clara consecuencia de la racionalización, aplicada sin medida en algunas de las más importantes industrias.

Esas industrias son hoy impotentes para dar salida a sus productos porque han excedido con mucho, al intensificar su rendimiento, la capacidad de absor-

ción del mercado. Además prefieren vivir de lo almacenado y frenar la marcha de la producción antes que consentir una baja demasiado sensible en los precios, y esto lleva al paro.

A más de esto, Europa comienza a conocer ese paro técnico que H. Duhreuil muestra en su libro «Standards» como el «defecto de la coraza» de la economía americana. El espectro de «Robot» prolonga su sombra hasta nosotros.

A este respecto, el órgano de la Federación austriaca de obreros metalúrgicos citaba recientemente dos ejemplos muy edificantes:

Hace cinco o seis años, una fábrica de lámparas eléctricas ocupaba un millar de obreros y producía por hora, término medio, 2.800 lámparas. Una primera reorganización, basada en el espíritu y los métodos de la racionalización, permitió mantener la misma producción horaria de 2.800 lámparas con un efectivo reducido a 450 obreros. Algún tiempo después, nueva reforma de la fabricación, nueva disminución del número de obreros, que desciende a 230, mientras que la producción horaria se sigue manteniendo alrededor de 2.750 lámparas.

El rendimiento individual, aumentado en 400 por 100, ha permitido, pues, el despido de las tres cuartas partes del personal.

El otro ejemplo se refiere a la fabricación de hojas de afeitar. En el estamado podía producir un obrero 32.000 piezas antes de la racionalización; hoy produce 70.000. En el templado era la producción diaria de 13.000 piezas, y ahora es de 80.000. En una hora un buen operario podía pulir 50 hojas, y después de la racionalización produce 600.

Es de presumir que tales progresos no se han observado únicamente en esa fábrica de bombillas eléctricas y en la de hojas de afeitar. En todas partes donde se fabriquen los mismos objetos ha debido aumentar el rendimiento aproximadamente en las mismas proporciones. Pero las bombillas eléctricas y las hojas de afeitar siguen costando lo mismo. Luego la racionalización, aunque facilita ampliamente la producción, no ha llegado a abaratar los géneros. Por el contrario, ha dado lugar a un número extraordinario de obreros parados.

Esto nos afirma más en nuestra opinión de que ante las tendencias actuales del capitalismo en materia de racionalización, el principal esfuerzo de resistencia de los trabajadores debe encaminarse a obtener una nueva reducción del tiempo de trabajo.

En régimen capitalista, en el fondo es en esta disminución de la esclavitud diaria donde reside el progreso más apreciable que puede alcanzar la clase obrera.

Raymond BOUYER

EL LABRADOR

El labrador es el rey de la Naturaleza; pero es el esclavo de la sociedad. Los cielos ofrecen rocío a su obra; el sol la fecunda; el aire la conserva; la tierra la alimenta; las estrellas velan sus noches, y todos los ecos de la creación son los cantares que, o celebran su nacimiento, o lloran su muerte. Todos los gérmenes de vida que el aliento del Creador esparció en los espacios, como semilla eterna de los seres, se fecundan, brotan y crecen al soplo del labrador. De suerte que sus brazos son como el instrumento del que Dios se vale para perfeccionar la Naturaleza.

Suya es la vela que el marino extiende para aprisionar los vientos; suya es la seda en que se envuelve el magnate; suyo es el blanco lino que viste el niño en la cama; suyos son todos los velos con que se resguarda el cuerpo de las inclemencias de los elementos, porque es como el mediador entre Dios y la Naturaleza, entre la Naturaleza y el hombre.

Y, sin embargo, ¡pobre obrero de Dios que así contribuyes a realizar sus fines; que recoges en tus manos el rocío; que llevas las fuentes de la vida a los labios de todos los hombres! ¿Cómo no se han ocupado los hombres de tu suerte? Los mismos que visten esa seda, que sin ti nunca se viera tejida; los mismos que te deben esos ricos alimentos, te menosprecian, te olvidan.

Emilio CASTELAR

CONVOCATORIA

En cumplimiento de lo que dispone el artículo 22 del reglamento de esta Sociedad, se convoca a elección de los cargos vacantes en sus diferentes organismos directivos.

La elección comenzará el domingo 25 del corriente, a las diez de la mañana, continuando sin interrupción hasta las cuatro de la tarde, hora en que se dará comienzo al escrutinio.

Los cargos que se han de elegir son los siguientes:

JUNTA DIRECTIVA

Presidente, vicepresidente y vocales 2.º, 3.º, 4.º y 6.º

JUNTA DE DISCUSION

Presidente, vicepresidente y secretario segundo.

COMISION REVISORA DE CUENTAS

Cinco compañeros.

LA JUNTA DIRECTIVA

Madrid, 1 de enero de 1931.

Doctrinarios y agentes provocadores

Con este título ha publicado un artículo pleno de observaciones interesantes el escritor Sr. Abéytua. Por falta de espacio no le reproducimos íntegro; pero sí daremos los párrafos más esenciales:

«No; el anarquismo de acción no retoña; se extingue rápidamente. Si quedan todavía algunos brotes, se debe a las maniobras de los agentes provocadores, que lo alientan o, si les es preciso, lo contrahacen. Incluso como doctrina social, puede considerarse al anarquismo como totalmente desaparecido. No llegan a medio centenar en todo el mundo sus apóstoles y propagandistas caracterizados. La mayoría de ellos han derivado hacia otros credos y adoptado otras tácticas, frecuentemente antipodas—por lo menos en apariencia—de los postulados de Bakunin y sus continuadores. El anarquismo individualista ha sido absorbido casi íntegramente por el sindicalismo. La Confederación Nacional del Trabajo española, como la Confederación General del Trabajo Unificada en Francia, estaban, o están, dirigidas por libertarios. El comunismo ruso, tan duramente—y tan lógicamente—combatido por los anarquistas puros, ha convertido a su ideología a buen número de antiguos ácratas, que actualmente ejercen cargos de confianza en el Estado más fundamentalmente opuesto a las teorías individualistas.

En general, todos los regímenes y todos los partidos que inscriben en su programa una subversión, parcial o integral, del vigente estado de cosas incorporan a sus vanguardias unos cuantos anarquistas. En la marcha fascista sobre Roma, caminaba a pocos metros del propio Mussolini un destacado libertario italiano—Máximo Roca—, que luego fué incondicional auxiliar del nuevo régimen.

Todos los acontecimientos susceptibles de promover una conmoción social, no importa en qué sentido, atraen irremisiblemente a los anarquistas. ¿Hay nada más antitético del ideal ácrata que un conflicto armado, producido por la rivalidad de varios Estados capitalistas? Pues la Gran Guerra arrastró, en su resaca de violencias apocalípticas, a centenares de libertarios. El ex príncipe Kropotkin, insobornable paladín de la utopía anarquista, presidia, con su figura patriarcal, en 1914, los ejércitos militares de sus correligionarios jóvenes, que se habían enrolado en las tropas francesas para luchar contra los imperios centrales. Carlos Malato, otro insignie teorizante de la acracia, marchaba, con el fusil al hombro, entre los equipos de soldados voluntarios.

Aparte de los anarcosindicalistas de ortodoxia anarquista muy discutible,

ya no quedan en el mundo más que algunos grupos libertarios, manipulados, en su mayoría, por confidentes y soplones. De tales grupos es de donde salen esas figuras turbias que desempeñan papeles equívocos en los magnificios, siempre fracasados, y en los mal llamados crímenes sociales, engendrados casi todos por una codicia de la propiedad ajena, que tiene poco o nada que ver con las teorías ácratas, ni aun en la modalidad del «ilegalismo».

Al referirse a este aspecto de la degeneración del anarquismo, es indispensable aludir a los desmanes del terrorismo rojo en Cataluña. Es innegable la intervención del anarquismo—o de algunos anarquistas—en tan turbulento y cruento período de las luchas sociales en España. Pero los grandes definidores del anarquismo hubieran recusado como correligionarios suyos a aquellos terroristas, que no estaban animados por ideal alguno—por utópico o brutal que fuera—, sino por la rapacidad de unos criminales vulgares. Cuando se escriba la historia de la agitación sindicalista en Cataluña habrá que partir, para no desorientar al lector, de un hecho capital: el primer atentado contra un patrono no tuvo su origen en un episodio de la lucha de clases. Los asesinos del industrial Barret no trataban de vengar en él ningún desafuero contra el proletariado. Lo mataron porque era aliado y fabricaba material para los ejércitos aliados, y porque los espías alemanes pagaron el crimen.

Entre los terroristas catalanes había una proporción exigua de fanáticos y una mayoría abrumadora de bandoleros y mercenarios, que mataban por oficio—y frecuentemente por servir intereses ajenos—y robaban para sí mismos.

Algunos de aquellos supuestos anarquistas actúan ahora en distintos lugares de Europa. Generalmente consumen violencias contra la propiedad en su exclusivo beneficio. De cuando en cuando se les ve mezclados en «complots» tramados por agentes provocadores, y no se da jamás el caso de que se los sorprenda «in fraganti». Sujetos de esta laya aparecían implicados en los supuestos «complots» antifascistas de Bruselas.»

La obra del Socialismo es larga y difícil de realizar, porque no se trata sólo de redimir al hombre materialmente, sino que hay que redimirle espiritualmente. Y para lograr esto se necesita una cultura que hoy, desgraciadamente, no tiene el pueblo. Sus enemigos y explotadores han hecho cuanto han podido por mantenerle en un estado de ignorancia salvaje, porque así les es más fácil explotarle y someterle. Obra cruel, inhumana, pero que convino a los intereses de los dominadores.

Nuestros proyectos

A todos los asociados, pero principalmente a los que hayan de venir a cubrir los cargos de Directiva, van dirigidas estas líneas.

Cuando vino la actual Junta directiva, y sobre lo que ya la anterior había hecho en el mismo sentido, tomó a su cargo el estudio para cambiar el socorro de accidente del trabajo por socorro de enfermedad.

En efecto, en el número correspondiente al mes de abril del corriente año la Directiva se dirigió a los asociados dándoles a conocer estos propósitos y pidiéndoles opinión, si tenían a bien enviarla por escrito, para publicarla en EL TRABAJO.

En aquella exposición de la Directiva se decía que nuestra Sociedad viene gastando en socorrer a sus accidentados unos 35.000 duros año, y añadía que, según su juicio, sería mejor empleado este dinero en socorrer a sus enfermos. ¿Por qué razones? Veamos:

La anterior Junta directiva, la de 1929, exponía de esta manera algunas: «El patrono paga al accidentado, con arreglo a la ley:

Al oficial, 63 pesetas; al ayudante, 57,75; al peón de mano, 47,25; al peón suelto, 42.»

Teniendo en cuenta los jornales vigentes, resulta que a cada clase le falta para cobrar cuando está accidentado tanto como trabajando, con la ventaja, además, de que no pierde día, lo siguiente:

Le faltan al oficial 9 pesetas por semana; al ayudante, 8,25; al peón de mano, 6,75; al peón suelto, 6.

«Es decir—sigue diciendo la antigua Directiva—, que con el sistema actual todas las clases del oficio cobran una importante cantidad más de su jornal cuando están accidentados.» Y concluía: «Lo cual es injusto y acaso inhumano.»

Estimaba ya aquella Directiva que el socorrer a los enfermos era más urgente que hacerlo a los accidentados, que, según vemos con cifras, no están desatendidos.

Aquella Directiva llevó su proyecto a una junta extraordinaria celebrada en el teatro de la Casa del Pueblo, en cuya junta fracasó el proyecto. Fué justo que fracasara. Aquella Directiva sintió yo no me explico qué timideces para acometer el problema en toda su extensión. Quiso implantar el socorro de enfermos sin suprimir el de accidente y a costa de este último. Cinco realitos al accidente y cinco realitos al enfermo. Esto es: ni uno ni otro. Y para esto necesitar médicos, compañeros visitantes, expedientes y quizá un retribuido más en Secretaría. ¡Horror! ¡Horror! ¡Bien hizo la Sociedad echando aquel proyecto al cesto de los papeles! Pero ningún esfuerzo se pierde. Vino la Directiva actual, y se dispuso a resolver el problema como debe resolverse, y se dirigió, como antes dijimos, al oficio, en términos parecidos a los de la otra Directiva, pero planteando el problema en forma muy distinta.

He aquí algunos razonamientos expuestos en el número de EL TRABAJO correspondiente al mes de abril:

«Razonemos serenamente, y en el examen de nuestro razonamiento observemos que los asociados que tienen la desgracia de sufrir un accidente en el trabajo, tienen el derecho legal de percibir las tres cuartas partes de su salario todos los días de la semana, incluso los domingos, sin merma alguna, mientras duran los efectos del accidente; tienen, además, el derecho a la asistencia médica y farmacéutica; ello es, a más de justo, humano, y sería más justo si al que cumpliendo con su deber de producir le abonasen el salario íntegro en el caso triste de sufrir un accidente.

Sin embargo, el asociado que cae, por su desgracia, enfermo, en muchos casos adquirida la enfermedad por las condiciones en que se desenvuelve la propia profesión, y en la nuestra que el trabajo se realiza a la intemperie pueden darse infinitos casos, no tiene la menor asistencia, está en el más completo de los abandonos, por la ley y hasta por lo que se llama «por los hombres de este régimen el derecho de beneficencia.»

Se terminaba exponiendo el deseo de que se estudiara la forma de socorrer a los enfermos, suprimiendo

el socorro que la Sociedad dedica a los accidentes.

A pesar de que se invitaba a los asociados a enviar sus opiniones, sólo uno lo hizo. Opinión que fué publicada en el número de EL TRABAJO correspondiente al mes de junio. Es del compañero Manuel Cortizo, y es en contra del proyecto. Los términos en que se expresaba Cortizo son éstos:

«Y yo contesto: ¡A mí me preocupan los asuntos sociales de nuestra Sociedad en todos sus aspectos! Y pregunto a la Junta directiva: ¿No hay otros medios para implantar el socorro de enfermedad sin apelar sistemáticamente al derecho de socorro por accidente del trabajo? Yo creo que la Directiva debe estudiarlo y analizarlo en todas sus partes, y debe hacer cálculos de ingresos y gastos de la Sociedad en diferentes aspectos, y sacará la convicción de que haciendo economías en otro sentido no hace falta la transferencia, y si disfrutar de ese nuevo beneficio sin apelar a esos procedimientos que ella señala.

Mi opinión es en pro de la implantación de ese derecho; pero me abstengo de señalar y argumentar en tal sentido hasta tanto no lleve la propuesta a la junta general, y entonces, ante los albañiles, expondré mi criterio y concretaré cómo se puede implantar este nuevo derecho sin necesidad de apelar a la transferencia.»

Y como lo anteriormente expuesto es de suma necesidad su implantación, hago un llamamiento a los albañiles para que acudan a las juntas, y en particular a la en que se discuta este asunto.»

En resumen: al compañero Cortizo le parece de una gran necesidad el establecimiento del nuevo socorro; pero sin tocar al de accidente. Todos hubiéramos agradecido que el compañero Cortizo nos hubiese resuelto el problema con números. En los problemas en los cuales el principal papel es el que juegan las pesetas, es de necesidad imprescindible el manejo de la Aritmética. Pero, en fin de cuentas, si el compañero Cortizo nos descubre fuentes de ingreso que nosotros no conocíamos, nuestro criterio es que todo vaya a socorro de enfermos. Ya se ha repetido bastante: los accidentados tienen, por la ley, las tres cuartas partes del jornal. Y el enfermo, ¿qué tiene? Por muchos manantiales de dinero que descubre Cortizo, y aunque todos sean encauzados y dirigidos a socorrer a los enfermos, nunca llegarán a poder estar atendidos en la medida que lo están los accidentados por la ley. Tomen nota los aspirantes a los cargos directivos, pues éste es un problema vivo que han de encontrar a su llegada y han de tratar de resolver, si es que de verdad vienen a servir a la Sociedad.

Feliciano MARTIN

Ante el año nuevo

Al terminar cada período anual todos nos consideramos en la obligación de perfilar los proyectos que latén en nuestra imaginación pugnando por convertirse en realidades inmediatas.

Para los trabajadores asociados una de las cosas que deben barrenar su mente es el trabajo de proselitismo que están en condiciones de hacer. Y como complemento necesario de esta idea, valorar justamente el caudal de voluntad con que cuentan para dar cima a esta noble empresa.

Cumplirán como buenos asociados todos aquellos compañeros que en el curso del año que comienza dediquen la atención necesaria a un asunto tan importante como el de atraer a la organización a los que por ignorancia están alejados de ella.

Merecerán el aplauso de los buenos militantes aquellos camaradas que, sin esperar su despido, denuncian a la Junta directiva cuantos abusos cometen patronos o encargados contra las condiciones de trabajo vigentes en esta plaza.

Será digna de aplauso la conducta de los asociados que al entrar al trabajo en una obra cuiden de informarse si hay quien represente a la organización. De las ventajas que esto tiene para el asociado y la colectividad, son buena prueba los accidentes que la Junta directiva se ve obligada a suspender por falta de delegado.

La de los camaradas que asistan a todas las reuniones convocadas por la Junta directiva, no con el propósito de presenciar pugnas impropias de trabajadores conscientes, sino con intención de aportar el concurso individual de que sean capaces, interviniendo en las discusiones o emitiendo el voto en el sentido que les dicte su conciencia.

Aquellos que acudan a cuantos llamamientos les haga la Junta directiva y escuchen con serenidad las recomendaciones que ésta les haga, seguros de que se inspiran, no en deseo de molestarles, sino en la noble intención de capacitar a los asociados

en cuantos asuntos ignoren y necesiten conocer para la mejor defensa de sus derechos.

Todos los que al reclamar el uso del derecho conquistado acierten a expresarse ante los compañeros encargados de atenderles con la corrección obligada entre compañeros que distinguen perfectamente entre el empleado de la Empresa capitalista, en quien es posible la intención de equivocarnos, y el representante de la Sociedad obrera, a quien nosotros damos las normas que ha de cumplir con la mayor exactitud posible.

Si se tienen presentes estas recomendaciones por los compañeros que las hayan olvidado durante el año que terminó, es posible que el progreso material de la organización se advierta con cierto vigor y el intelectual de nuestros asociados adquiera aquellas proporciones que todos deseamos.

Nuestra protesta

Hace pocos días, cuando el personal de la obra de D. Jesús Culebras sita en la avenida de Eduardo Dato se disponía a abandonar el trabajo, fué sorprendido con el ruido estrepitoso que produjo el hundimiento de la escalera del edificio.

Como en otras ocasiones, la casualidad ha quitado importancia al accidente, en el que sólo ha perecido un camarada, irresponsable de las malas condiciones en que se hacen algunas obras. De acontecer el hundimiento pocos minutos más tarde, es seguro que a estas horas tendríamos que lamentar un caso más de los muchos registrados en nuestra crónica luctuosa de estos últimos años.

La organización obrera que edita este periódico, al consignar el hecho que narramos, no puede dejar en silencio la protesta de un oficio al que, desgraciadamente, alcanzan los lamentables efectos de la imprevisión patronal.

De tal modo se va industrializando la vida, que algunos de los contratistas responsables de estos accidentes parecen encontrarse a salvo de toda preocupación cuando han pagado el importe de su póliza a las Empresas aseguradoras.

La indemnización que concede la ley de Accidentes viene a ser el alivio en una situación triste por muchos conceptos; pero si atenúa las dificultades materiales que suelen acarrear estas desgracias, no evita, no puede evitar, la soledad de los hogares que dejan desamparados las víctimas de esta imprevisión.

Al Municipio corresponde examinar si es posible permanecer inactivos ante la serie de desgracias de que venimos haciendo referencia en los números de varios meses. A los técnicos, velar cada día con mayor escrupulosidad a fin de evitar que sus estudios de resistencia sean alterados egoístamente por quienes no ven en la industria cosa distinta a su aspecto lucrativo. A los trabajadores organizados, intensificar la atención de que vienen dando pruebas desde hace tiempo, presentando a la Junta directiva cuantas denuncias consideren justificadas y que puedan evitar nuevas páginas de luto en la ya larga relación de obras hundidas.

Si los patronos responsables tratan de seguir el camino trazado, desoyendo los reflexivos consejos del arquitecto, la opinión pública sabrá por cuantos medios lícitos se nos ocurran que la organización obrera está dispuesta a colaborar en la acción contra los métodos de construcción que tantas vidas nos arrebatan.

Nuestros muertos

A consecuencia del accidente del trabajo sufrido en la obra de los patronos Casilla, Fraile y Compañía, ha fallecido nuestro compañero Francisco Moreno Burgos, dejando en la más triste de las situaciones a su compañera e hijos.

El entierro de este camarada se verificó el 3 de diciembre próximo pasado, y en él estuvo representada la Sociedad por su Comisión gestora.

La Sociedad acompaña en su dolor a la familia de este camarada.

Otro de los compañeros que ha pagado el mismo tributo a la muerte en el mes de diciembre ha sido el asociado Eugenio Hernández López, mientras trabajaba en la Diputación Provincial.

Como en todos estos casos, la Sociedad estuvo representada en el entierro de este buen compañero, a cuya familia damos el más sentido pésame por medio de estas líneas.

UN RECORTE

«¿Qué importa mi vida con tal de que se salven el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores?», fueron casi las últimas palabras del inolvidable Luis Fernández, pocos momentos antes de morir.

Sólo el temple de un verdadero socialista es capaz de mirar con tanta serenidad, cara a cara, a la gran Incógnita. Hacia la Obra se elevó el último pensamiento de un hombre que lo dió todo a la organización, incluso su vida, arrancada por causas societarias por la mano de un inconsciente, armada por unos malvados.

Vive en el recuerdo de los vivos quien deja una labor y, con ella, una esperanza. Luis Fernández fué el espíritu vivificador de una de las organizaciones que han sido orgullo del proletariado español: la Sociedad de Albañiles El Trabajo. El mejor homenaje y el mejor cumplimiento de su última honrada voluntad será el que sus sucesores la sostengan y la perfeccionen. Hay que hacerlo por la organización, pasando, si es menester, sobre las víboras disfrazadas de obreros que en el camino intentan morder a los socialistas, por socialistas y por personas decentes.

Y a trabajar. Un recuerdo imborrable para el amigo que descansa el reposo eterno, a la vez que un propósito inquebrantable de hacerle, como duelo, una labor que continúe sus desvelos.

Yunque sonad, enmudeced campanas

(De «Avante», de Guadalajara.)

OTRO RECORTE

Genéricamente, el campo es primero que la urbe, y ésta debe su esplendor a aquél. Las grandes ciudades se crearon y se crean a costa de la savia inmortal de las aldeas. La ciudad recibe de la aldea las materias primas necesarias para la elaboración de todo producto. Los hombres vigorosos, cuyas energías quemará la fábrica, el pozo de la mina, la industria insalubre, etcétera. Recibe las ideas puras, y lo recibe todo a cambio del lujo asequible a una minoría muy reducida. ¿Por qué, siendo así, no se le presta una mayor atención al problema de la tierra?

El obrero rústico, más inculto, tiene inferiores medios de defensa, menor comunicación con sus camaradas; es, en suma, más débil para la lucha; luego éticamente, en principios de buena justicia, debe atenderse primero al débil que al fuerte.

La principal causa de la crisis de trabajo en las ciudades es el éxodo constante, la emigración continuada del obrero agrícola a los centros urbanos. El jornalero no puede vivir en el campo. Los salarios son mezquinos. La asistencia social, desconocida. La tiranía del patrono es en muchos casos más dura que la esclavitud. ¿Amo se llama en Andalucía al que explota el trabajo ajeno?

Por ello pido justicia para el obrero del campo, y en concedérsela eficazmente y pronto estriba la salvación de la ciudad, que se ve amenazada de una invasión terrible que le hará hundirse en su propio crecimiento.

Santiago LOPEZ

Cazalla.

Tragedia rural

Capitalismo y agrarismo

Como antes de la firma de la paz, sigue habiendo países en que hace estragos el hambre. Por el contrario, hay otros en que sobra trigo. Para evitar que el trigo vaya de donde sobra a donde falta se establece un arancel aduanero. La llegada de trigo barato no reduciría la ganancia de los pequeños labradores, a quienes importan poco las oscilaciones de los precios, porque ellos producen para consumir y no para vender. En cambio perjudicaría enormemente a los propietarios absentistas alquiladores de las tierras, porque si baja la cotización del trigo tendría que bajar también en la correspondiente proporción el precio usual de los arriendos.

Mientras el hambre mortal diezma naciones enteras, como Austria, Lituania, los países balcánicos, etc., el trigo americano ha llegado a pudrirse en los elevadores gracias al artificial arancelario que impedía su entrada en Europa. Por lo tanto, cuando más necesarios eran los envíos, el presidente Coolidge promulgaba un decreto prohibiendo la siembra en

más de cincuenta millones de acres «para evitar la superproducción triguera».

También se han dado ejemplos todavía más extraordinarios:

En la Argentina, temiéndose la «desgracia» de que un día el pan valiese a real, hubo lugares en que, hace cinco años, se pretendía destruir por el fuego una mitad de la cosecha para dar mayor valor a la restante.

Si no se generalizó el procedimiento, tampoco fué por consideraciones de índole moral, sino exclusivamente por la dificultad de decidir quiénes y cuántos propietarios debían iniciar las destrucciones.

En los métodos para «reducir la producción a las necesidades del consumo» también cabe progreso.

Más eficazmente que por las destrucciones materiales se impide la baturra por el acaparamiento del instrumental de almacenaje, por el de las tierras, por el de los medios de transporte, por el de los instrumentos de cambio, por el de las instituciones de crédito, y, en una palabra, por el de todo el organismo regulador de los precios, que es lo que explica cómo los agricultores españoles, trabajando sin descanso y ayudados en un sentido por la benevolencia tributaria, y en otro, por la protección arancelaria, no logran, sin embargo, salir jamás de la última pobreza.

El año 1898, la total cosecha norteamericana cayó en poder de la gavilla trastera del trigo. El precio pagado a los labradores era de sesenta y cuatro centavos por bushell. Una vez adquirida toda la cosecha por el trust de los acaparadores, su presidente, Leiter, hacía subir el precio del bushell a ciento ochenta y cuatro centavos. El precio del pan se duplicó en el mundo entero, y cuantos no podemos tener pan más que a cambio de trabajo pagábamos tributo a una cuadrilla de salteadores que ejercían su oficio al amparo de la ley.

El Gobierno francés, por miedo a un estallido de la indignación plebea, suspendió la vigencia de su tarifa arancelaria.

En Italia, que no quiso adoptar igual medida, se encendió la formidable insurrección del Mediodía, que costó doscientos muertos a la muchedumbre, sin contar la enorme cifra de encarcelamientos y deportaciones.

El capitalismo se ha infiltrado ya en la agricultura por la posesión de los medios de transporte, por los anticipos a crédito personal, por la hipoteca y por la adquisición de la tierra, no como instrumento de producción, sino como arma para la explotación del trabajo de los desheredados.

La posesión de esta influencia soberana por una oligarquía irresponsable ha privado al labrador de toda intervención en la determinación de los precios, que ahora es ya completamente unilateral.

La verdadera desgracia para el que vive de la agricultura no es una depreciación de los productos, a la que siempre está expuesto, verbigracia, por una abundancia inopinada de cosecha. Es la necesidad de aceptar sin protesta los precios clandestinamente establecidos por la organización capitalista que ha logrado esclavizarle.

Ahora no se trata aquí de personas determinadas. Se trata de los vicios de un sistema.

Cuando no se produce para atender a una necesidad social, sino para ganar dinero vendiendo, la agricultura clásica no puede ir más que a la explotación y a la ruina.

Las organizaciones clandestinas, si temen que la abundancia promueva el abaratamiento de las cosas, adoptan la defensiva, y entonces es inútil ofrecer productos de ninguna clase, porque no hallarán comprador a ningún precio.

Apenas hace un mes que los agricultores castellanos han necesitado dirigirse al Gobierno solicitando auxilio para dar salida al trigo, sin cuya venta no pueden vivir; pero por el que ahora, a pesar de todas las instancias, nadie ofrece una peseta.

Entre tanto, recorra el lector las columnas de la prensa diaria y vaya contando el número de desdichados que han caído ya, y hasta la primavera seguirán cayendo, muertos de hambre, no sólo sobre la cuneta de algún camino solitario, sino sobre el empedrado de esas grandes urbes en que parece desbordarse la riqueza.

Julio SENADOR GOMEZ

A la memoria del Maestro

Las Sociedades de resistencia y su acción política

Es un caso muy importante, aunque no sea para lograr mejora inmediata en los intereses materiales, el que las Sociedades de resistencia ejerciten, y deberán ejercitar siempre, la acción política; ese caso, que se presenta con mucha frecuencia, es el de la intervención de las autoridades en las huelgas para facilitar el triunfo a los patronos.

Podrán muchos políticos burgueses ignorar que su principal papel es amparar y defender los intereses de la clase privilegiada; podrán igualmente muchísimos patronos desconocer que los Gobiernos son representación de su clase, y, por tanto, entidades encargadas de mirar por todo cuanto a ella afecte. Pero ni a los unos les falta instinto para tomar la defensa inmediata de los suyos, de los explotadores, ni a éstos tampoco para conocer que aquéllos están obligados a ponerse de su parte.

Contadas son las huelgas en que los alcaldes, gobernadores u otras autoridades no intervienen para favorecer a los industriales, ya a petición de los mismos, ya sin necesidad de que los reclamen. De los escrúpulos que muestran dichas autoridades en estos casos dan fe, no sólo las amenazas de toda especie que dirigen a los obreros y las prisiones y condenas que les hacen sufrir, sino hasta los fusilamientos de trabajadores pacíficos. Policía, magistratura, ejército, y hasta la Iglesia, ponen en juego los gobernantes para impedir o dificultar los triunfos de los explotados sobre los explotadores. Si esta conducta de las autoridades no levantara protesta de parte de las víctimas y de los que son partidarios de ellas, el derecho de asociación, para mejorar las condiciones de trabajo, quedaría totalmente anulado; porque ¿de qué le serviría al obrero unirse con todos los compañeros, cotizar con suma regularidad, crear una buena organización, si cuando fuera preciso hacer funcionar ésta para conseguir una mejora que los patronos no quisieran conceder, las autoridades lo impidiesen con sus arbitrariedades o atropellos?

Seguro es que por mucho tiempo, si no por todo el que tenga de vida el régimen burgués, los Poderes públicos, con más o menos frecuencia y más o menos descaradamente, se declararán a favor de los privilegiados en las cuestiones que surjan entre obreros y patronos; pero se contentarán sus desmanes, o los cometerán a granel, según que los trabajadores empleen contra ellos, en mayor o menor grado, la acción política. Si al atropello obrero que cometen en una huelga las autoridades responde un débil movimiento de protesta, aquéllas no se inquietarán, y mostraránse dispuestas a reincidir tantas cuantas ocasiones se les presenten; pero si a la parcialidad y al abuso cometido por ellas contestan los trabajadores con un enérgico movimiento de solidaridad, el temor les embargará, obligándolas a contenerse o a intervenir apenas en otras luchas.

Así como en otros asuntos se muestran reacias las Sociedades de

resistencia a echar mano de la acción política, en el referente a la intervención parcial del Poder en las huelgas suelen andar diligentes; diligencia plausible, porque lo más importante para que la clase obrera sea respetada y hasta temida por sus explotadores es que se haga patente su unión y espíritu de solidaridad cuando los representantes del régimen burgués atropellen o intenten atropellar a una parte de ella.

No faltan elementos ácratas que, estando conformes en que las organizaciones obreras ejerciten su acción en el caso indicado, censuren que la empleen para reclamar leyes beneficiosas para su clase, y nieguen que aquella acción, en el caso dicho, merezca el nombre de política. ¿Qué acción es, sino política y bien política, la que ejercitan los trabajadores cuando se unen como clase, sin distinción alguna de oficio, para censurar y combatir a los representantes políticos de la clase dominante — alcaldes, gobernadores o ministros — por haber atropellado o perseguido a una organización obrera que, mediante la huelga, quiere alcanzar algún beneficio?

Y si una de las cosas que se busca en caso tal con la acción política es intimidar a los representantes de la burguesía y a ésta misma para que restrinja su despotismo, ¿por qué esa misma acción no ha de ser buena cuando tiene por objeto influir, pesar en la clase privilegiada, para que dicte leyes que disminuyan la explotación obrera o favorezcan la cultura de esa clase? Si desacertado es negar que sea acción política la unión de los trabajadores contra los desafueros que el Poder realiza contra una colectividad proletaria, es una enorme contradicción aconsejar que aquélla se emplee en dicho caso y combatirla cuando tiene por fin conseguir la rebaja del pan u obtener legislativamente la reducción de las horas de trabajo. En uno y otro caso, la acción política es excelente. No lo es, en cambio, lo que aconsejan los adversarios de esa acción. Según ellos, a las arbitrariedades, a las tropelías del Poder, lo mismo en casos de huelga que en otras circunstancias, los trabajadores deben responder con actos de violencia. Aparte de la razón, que dice hasta a los más miopes que la clase obrera no está hoy para acudir a esos medios, so pena de ser sangrada y perseguida, ¿qué nos enseñan los hechos en que la exasperación ha conducido a los trabajadores al terreno de la violencia? Pues nos enseñan que no han conseguido más que empeorar su estado, retrasar la organización de su clase y proporcionar a la burguesía ocasión favorable para que obre reaccionariamente.

El mejor medio de que la clase obrera adquiera conciencia de sus intereses, mejore su situación y marche a la conquista del Poder, para redimirse y redimir a toda la Humanidad, está en que haga excelente uso de la acción política.

Pablo IGLESIAS

¿Hay patronos en la organización obrera?

A las pocas horas de expirar el camarada Luis Fernández vimos en la prensa burguesa un comunicado de cierto grupo sindical, en el que se explicaba el hecho que causó la muerte a nuestro amigo como el gesto natural en quien se ve atropellado por el patrono con que trabajaba.

No entraremos a discernir las razones íntimas que han movido a sus autores para lanzar a la publicidad semejante comunicado. Ni queremos comentar tampoco el motivo que haya impedido a la prensa diaria publicar otros sueltos remitidos con intención de disipar algunas dudas entre los lectores del primero de estos comunicados. Diremos tan sólo que la conciencia no nos acusa de haber contribuido, directa o indirectamente, a preparar el ambiente de tragedia en que hemos vivido durante algunos días.

Quien conozca de cerca el funcionamiento de todas nuestras organizaciones comprenderá fácilmente que, lejos de concederse atribuciones exageradas a los compañeros que desempeñan ciertos cargos, preferimos mantener la

vigilancia más estrecha que podemos, para evitar posibles abusos de confianza.

Cuando el secretario de una organización obrera redacta el documento que ha de entregarse a otro camarada al servicio de la organización, lejos de aprovecharse de la influencia de su cargo, cumple el mandato de la Directiva, compuesta de los mismos elegidos por quienes a veces suelen excederse en las censuras.

Si el secretario de una organización llegara a convertirse alguna vez en baratero de intereses, derechos y honor de los demás, las Sociedades dejarían de ser lo que siempre fueron, lo que son, lo que procuraremos seguir siendo: arma de combate en la lucha de clases contra el capitalismo explotador, escuela de buenas costumbres públicas y privadas, libre parlamento donde todas las ideas tienen lugar adecuado para su defensa, a condición de que se haga con la honradez indispensable entre nosotros.

Los cargos de la organización, retribuidos o no, implican responsabilidades, de las que apenas tienen idea muchos de los censores de nuestra ac-

tuación. Al tomar posesión de los cargos, no hacemos renuncia de las ideas personales, y si condenamos todas las manifestaciones de la tiranía, no vamos a defenderla cuando se trata de actuar al servicio de los trabajadores.

Más que la reacción súbita y sentimental contra el patrono imaginario en el atentado contra Luis Fernández, debemos ver la resultante de un largo período de propagandas exaltadas, según las cuales los valores colectivos han cedido su puesto a los personales.

Quien de nosotros contribuya a enardecer este morboso estado de la conciencia proletaria, no tendrá derecho a buscar la explicación de un crimen en el sentimiento de rebeldía de una conciencia que no comprenderá esta noble emoción sino como antecedente inmediato a la eliminación de las personas con quienes nunca pudo estar de acuerdo.

La Iglesia vive fuera de la ley, sin control de ninguna especie, obediente al poder romano y controlando el desarrollo de las funciones del Estado en beneficio de Roma. Es un poder extraño, extranjero, que se impone al Estado español. ¿Con qué derecho?

Con ninguno; pero es así. ¿De quién es la responsabilidad de que esto ocurra? De los liberales españoles, que no han sabido gobernar en liberal. Que se llaman liberales y hasta anticlericales y van luego a presidir oficialmente procesiones y fiestas religiosas. El conde de Romanones lo dice en sus Memorias muy claramente: todas las campañas anticlericales han fracasado, no en el Parlamento ni por falta de asistencia de la opinión, sino en las camarillas de Palacio. España está sin hacer civilmente. En todos los actos oficiales predominan los uniformes y las sotanas. El Estado está vigilado por el clero en todas sus funciones políticas, judiciales, legislativas, pedagógicas. Es una tutela bochornosa, que mediatiza la autonomía y la soberanía del Estado. Y contra esto es necesario luchar briosamente.

(De «El Socialista», del 4-11-30.)

INGENUIDAD INFANTIL

En un pueblo de Castilla, y en una hermosa mañana, se sentía el griterío, mezclado con carcajadas, de loca turba infantil que hacia la escuela marchaba por las diferentes calles que afluían a la plaza, donde estaba el edificio modelador de la infancia.

En la puerta está el maestro con la cara rasurada (puesto que para educar no es menester usar barba), y con gesto sonriente a los chicos contestaba al darle los buenos días, según a la escuela entraban.

Ya dentro del edificio, y la clase comenzada, el maestro las lecciones con gran paciencia explicaba, bien fueran de Geografía, o bien de Historia de España, pues gustaba que los chicos sus preguntas contestaran, sin incomodarle nunca que fuesen o no acertadas.

El volumen en la mano, abierto al azar, la estampa donde está Guzmán el Bueno de lo alto en la muralla arrojándole a los moros, con mano firme, la daga para que muera su hijo antes de entregar la plaza, fué el tema de que aquel día el maestro se ocupara.

Cuando las explicaciones terminó de aquella hazaña, uno por uno, a los chicos su opinión les preguntaba.

Y cuando hubo llegado a uno que representaba diez años, o poco más, y que hacia el techo miraba, le dijo: —Vamos a ver.

¿Tú opinión tienes formada?

Y el chico le contestó: —Sí, señor. Y deseaba que me llegara a mí el turno, y la diré en dos palabras: Si mi padre hiciera eso con mi hermano, y lo mataran... ¿La verdad, señor maestro!... ¿De mi padre renegaría!

Vicente ARROYO RAMOS

Los reyes han de tener el instinto de poner fin oficial a su reinado, para evitar al país el trance doloroso de liquidar al mismo tiempo el reinado y el rey. —VOLTAIRE

Del momento

Compás de espera

Los momentos son de confusión. Y son de confusión sin deber serlo, porque las cosas están muy claras. Y las que no lo están ya se aclararán. Nosotros tenemos en ello mucho interés. Pero las circunstancias no nos lo permiten.

Nuestros enemigos aprovechan la turbiedad del ambiente para injuriarnos. Vuelven de nuevo a la carga contra nosotros. Somos ya, para ese vulgo inconsciente e irreflexivo, los culpables de todo. Hemos soportado en silencio muchas injurias infamantes, y tenemos que seguirlos soportando. Y ahora con más firmeza que nunca. Lo exigen así la delicadeza moral y el sentimiento de lealtad de nuestra conciencia. Que hablen, que hablen los chismosos revolucionarios de café como quieran. Que digan de nosotros lo que quieran. Nuestra conciencia está tranquila y serena. Nuestra responsabilidad está afrontada y cumplida. Y de ello daremos prueba solemne en momento oportuno.

La Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista, de limpia historia en las luchas del proletariado, que nadie logrará empañar con sus mentiras insidiosas, tienen sus órganos directivos, que se reunirán en cuanto sea posible y darán a sus afiliados y a la opinión cumplida explicación de su conducta. Y los chismosos embusteros, cerebros enfermos, sin reflexión, llenos de venenosas pasiones, no podrán resistir el resplandor de nuestra palabra, que será serena y ecuaníme expresión justificativa de nuestra intachable conducta. Y no se cansen los maldicientes, que de nuestros labios no saldrá más que aquello que convenga a las ideas socialistas y a la causa de la democracia española.

Más les valiera a esos elementos meditar y reflexionar en el daño que hacen a las ideas con sus indiscretas manifestaciones y la responsabilidad que contraen con ellas. Pero son, sin duda, incapaces de la meditación y la reflexión. Y quien no tiene capacidad para meditar y reflexionar, ¿qué concepto nos puede merecer?

Nosotros sentimos en estos momentos la preocupación natural de defender a los camaradas que lo necesitan y a las organizaciones. Y seguiremos nuestro camino sin desmayar, cumpliendo así con nuestro deber. Los socialistas están obligados a ayudarnos en nuestra actitud. Deben darse cuenta de que nunca nos fué tan necesaria una cordial penetración como en estos momentos. Divididos es abrir brecha para que la división penetre taimadamente en nuestras filas. Hay que impedirlo. Toda discusión debe suspenderse hasta el momento oportuno, que no se hará esperar. Nuestros organismos son una democracia abierta a toda deliberación. La conducta de los hombres y de los órganos directivos está en todo momento sometida a fiscalización de los afiliados. Somos los únicos que procedemos, en esto como en todo, liberal y democráticamente. Nadie es aquí indiscutible. Y esto es la mayor garantía de la rectitud de nuestros hombres y de nuestros organismos.

Y nada más por hoy.

(De El Socialista.)

Acuerdos de junta general

En la reunión celebrada por esta Sociedad el 12 de diciembre próximo pasado, se acordó que el compañero Feliciano Martín llevara la representación colectiva a la elección de vocales obreros para las Casas de Socorro.

Atendiendo las recomendaciones de la Junta administrativa de la Casa del Pueblo, se acordó contribuir con 200 pesetas a la suscripción abierta para aliviar la triste situación de las familias de los compañeros muertos en la plaza de Cánovas el 14 de noviembre último.

Otro de los acuerdos adoptados por la general consiste en suspender la subvención que se tenía acordada a las escuelas del Ateneo de Divulgación Social.

Por mayoría de votos se aprobó una proposición de carácter incidental en la que la asamblea resumió su criterio de ver con disgusto la conducta de la mayoría de la Junta directiva anterior.

Los asuntos a que se refiere este acuerdo son de carácter administrativo, entre los que figuran el pago de algunos socorros no previstos en el reglamento y una indemnización sobre la que la Sociedad no tenía acuerdos anteriores.

Se confirmaron las resoluciones tomadas por la Junta directiva comunicando la expulsión a los compañeros Quintín Sánchez Aguado, 3.136; Alejandro Frías, 4.181; Fermín Gómez, 6.536; Emilio Martínez Luanes, 11.446; José Abreira Abellán, 6.196; Tiburcio Alcaide González, 11.568, y Serapio Rojas Vadillo, 15.867.

El primero de estos casos está íntimamente relacionado con la muerte del compañero Luis Fernández, y los demás, por haberse probado la adhesión de los interesados a una organización disidente.

EFEMERIDES

El paso de Beresina.

26 de noviembre de 1812. — Durante la desastrosa retirada de Napoleón de Rusia, uno de los episodios más trágicos fué el paso de las tropas por el río Beresina. Construyéronse dos puentes de caballetes, y después de un desesperado fuego, pues los rusos seguían la retaguardia del ejército francés, cañoneándola, Napoleón consiguió pasar con la guardia imperial a la orilla opuesta, después de sufrir horribles pérdidas. El puente destinado al paso de la artillería y la caballería se hundió de pronto, sepultándose en las heladas aguas hombres, caballos y cañones. La artillería se lanzó entonces al puente destinado al paso de los infantes, y atropellando la compacta masa que lo ocupaba, pasó por encima de ella, aplastando a los infelices soldados. Cuando pasó el general Fournier, y después de cruzar el puente los que pudieron, mandó incendiar éste para evitar la persecución de los rusos, dejando en la otra orilla gran número de soldados, que murieron de frío o pasados a cuchillo por los cosacos. De los 380.000 hombres que seis meses antes habían pasado por allí arrolladores, sólo pudo salvar Napoleón, al regresar a Francia, 20.000. Miles y miles habían perecido y 160.000 quedaron prisioneros de los rusos. Eso no impidió que al llegar a París llamase a las armas a medio millón de hombres más para continuar su obra destructora.

Considerando: Que contra ese proceder colectivo de las clases poseedoras — el Poder político — no puede obrar el proletariado como clase, sino constituyéndose él mismo en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos, formados por las clases poseedoras; que esa constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y hacerle llegar a su fin supremo: la abolición de las clases; que la coalicción de las fuerzas obreras, ya conseguida para las luchas económicas, debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha con el poder político de los explotadores, la Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional que en el estado militante de la clase obrera su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos.

(Resolución del Congreso de Londres de 1871.)

Todos los socialistas entienden por «anarquía» esto: el objeto del movimiento proletario es la abolición de las clases. Una vez realizado este anhelo, el poder del Estado, que sirve para mantener a la gran mayoría productora sujeta al yugo de una minoría explotadora, desaparece, y las funciones gubernativas se transforman en simples funciones administrativas.

Los anarquistas ven la cosa del revés: proclaman la anarquía en las filas proletarias como el medio más infalible de romper la potente concentración de las fuerzas políticas y sociales entre las manos de los explotadores. — CARLOS MARX

Las minas, cuencas carboníferas, tierras laborales, montes y bosques, ferrocarriles, vías de comunicación, incluso canales y telégrafos, deben ser propiedad de la colectividad social.

(Resolución del Congreso de Bruselas de 1868.)

"Vida y milagros de Fernando VII"

El rey neo.

Precediendo a los sucesos narrados en el anterior capítulo, en la noche del 30 al 31 de septiembre los franceses, que roían los zancajos a Fernando para librarle de su cautiverio, habíanse apoderado casi por sorpresa del Trocadero.

Esta sensible derrota movió al Gobierno a aconsejar al monarca que escribiese al duque de Angulema para que, con el mayor decoro posible, entabláranse tratos de paz, y al fin, tras de una serie de cartas que se cruzaron entre ambos personajes, en las que Fernando, ilustrando las suyas con grandes protestas de rey constitucional, se resistía solapadamente a celebrar entrevista personal alguna con el príncipe francés; pero, al fin, ante las nuevas amenazas de Angulema, concertó el encuentro en el Puerto de Santa María, de lo que resultó la retirada de las tropas francesas, quedando el rey en su trono con las prerrogativas tiránicas y absolutistas por las que tanto suspiraba.

Tan pronto como Fernando vióse repuesto en el solio de sus mayores en la manera que él deseaba, no miró a otra cosa que a tomar con toda saña venganzas y represalias con cuantos habían hecho morder el polvo de la humillación desde el día en que obligáronle a dejar las márgenes del Manzanares, y a este efecto, aunque no más de dos días antes había publicado un manifiesto haciendo fervientes protestas de constitucionalismo y adhesión a las Cortes, el día 1 de octubre dió otro decreto abominando de la Constitución y de la Libertad, en el que hay periodos como éstos:

«Bien públicos y notorios fueron a todos mis vasallos los escandalosos sucesos que precedieron, acompañaron y siguieron al establecimiento de la democrática Constitución de Cádiz, en el mes de marzo de 1820; la más criminal traición, la más vergonzosa cobardía, el descaro más horrendo a mi real persona y la violencia más inevitable fueron los elementos empleados para variar esencialmente el gobierno paternal de mis reinos en un código democrático, origen fecundo de desastres y desgracias...

Gobernados tiránicamente en virtud y a nombre de la Constitución y espaldas traidoramente hasta en sus más íntimos aposentos mis adictos vasallos, ni les era posible reclamar el orden y la justicia, ni podían conformarse tampoco con las leyes establecidas por la cobardía y la traición, sostenidas por la violencia y productoras del desorden más espantoso.

Sentado ya otra vez en el trono de San Fernando por la mano sabia y justa del Omnipotente y por los denodados esfuerzos de mi amado primo el duque de Angulema y su valiente ejército; deseando prever el remedio a las más urgentes necesidades de los pueblos y manifestar a todo el mundo mi verdadera voluntad en el primer momento que he recobrado mi libertad, he venido en decretar lo siguiente:

1.º Son nulos y de ningún valor todos los actos del Gobierno llamado constitucional (de cualquiera clase y condición que sean) que ha dominado a mis pueblos desde el día 7 de marzo de 1820 hasta hoy, día 1 de octubre de 1823; declarando, como declaro, que en toda esta época he carecido de libertad, obligado a sancionar las leyes y a expedir las órdenes, decretos y reglamentos que contra mi voluntad se me dictaban y expedían por el mismo Gobierno...

A partir de este terrible decreto comenzó una nueva era de terror en toda España, más terrible, si cabe, que la de 1814. Las cárceles se llenaban de presos y la horca llegó a estar constantemente levantada en todos los lugares de España para castigar en ella el horrible delito de ser liberal.

De los primeros en hacerse acreedores a las represalias del rencoroso monarca, fulminando sobre ellos la pena de muerte, que no sufrieron gracias a la generosidad de los franceses, fueron los individuos de la Regencia de Sevilla, don Gabriel Ciscar, D. Gaspar Vigodet y el general Valdés.

Alentaban los perversos instintos de Fernando cuando éstos parecían flaquear su confesor y ministro de Estado y don Víctor Damián Sáez, y el obispo de Osma, presidente de aquella lúgubre Sociedad llamada El Ángel Exterminador, extendida por toda España, y en la que la religión católica, instituida para propagar la paz y el amor al prójimo, se acreditó de cruel y de odioso verdugo.

En la cátedra del Espíritu Santo se predicó el odio y la guerra contra toda idea amplia y generosa y se llegó a decir que no era crimen, sino acto meritorio a los ojos de Dios, el dar muerte a los liberales, cazándolos, si fuera menester, como a fieras dañinas. Declarábaselos incapaces de sacramentos aun en la hora de la muerte, y negábasles la

tierra sagrada al abandonar los caminos del mundo.

Tan infamantes doctrinas prendieron como yesca en la incultura del pueblo, y éste mismo, que poco antes hizo aquellas manifestaciones de liberalismo rabioso asesinando cobardemente a un pobre cura y aun queriendo cazar al rey en su misma madriguera, tornó a las infamias y a los crímenes del año 14. En su fanatismo reaccionario, cometía salvajadas como arrancar de las gentes que se les antojaban sospechosas lo que entendían por emblemas o insignias liberales: los lazos verdes, las galgas de los zapatos femeninos y las gorras de visera llamadas cachuchas.

Prohibió Fernando que durante su viaje se acercase a su séquito en la distancia de cinco leguas ningún individuo que durante el Gobierno constitucional hubiese sido ministro, diputado, consejero o desempeñado cargo alguno civil o militar, desterrándolos además perpetuamente a quince leguas de la capital del reino y sitios reales.

De verdadera apoteosis popular puede calificarse el viaje del monarca, por cuanto la hez del populacho le saludaba con gritos de «¡Viva el rey neo!», «¡Vivan las cadenas!», «¡Viva la religión!», y en muchos lugares reemplazó a los caballos que tiraban del carruaje.

El 13 de noviembre entraron sus majestades en Madrid sobre un magnífico carro triunfal, construido ex profeso para tal acto, del que tiraban, no briosos y lúcidos caballos ni poderosas mulas, sino veinticuatro caballerías de dos patas, asistidas, a manera de lacayos que las aguijaban, por voluntarios realistas. Madrid entero echóse a la calle para ver pasar al tirano redimido por bajo de arcos de triunfo, ilustrados, como de costumbre, con versos laudatorios de don Juan Bautista de Arriaza.

Esta era la tercera entrada entusiástica que hacía en la villa y corte el deseado Fernando, y cuando vióse sólidamente sentado en el trono fulminó con más certeza los rayos de su odio por todos los ámbitos de España.

Recogiendo opiniones y relatos de escritores contemporáneos, pero que tuvieron que esperar a la muerte del rey para confiar a la pluma lo que vieron sus ojos, ofrézcase, lector, estos breves perfiles de lo que llegó a ser la terrible égida del absolutismo, que no duró «más que diez años», desde 1823 a 1833.

Dice así el auténtico documento: «En la mitad del día, no solamente en las aldeas, sino en las más populosas ciudades, se acometía y apaleaba a los que habían pertenecido a la Milicia nacional, llegando la barbarie en algunos puntos hasta el extremo de arrancarles a viva fuerza las patillas y el bigote, que tenían por aditamentos de liberalismo, y a pasearlos por las calles principales con un cencerro colgado del cuello, el libro de la Constitución o el retrato de Riego y caballeros en un asno. Más de una heroína liberal fué entonces sacada a la vergüenza con el pelo trasquilado y cubierta de plumas pegadas con pez...

Las cárceles se abarrotaron de tal manera, que, siendo insuficientes para cobijar a tanto infeliz, se crearon las Comisiones militares para desalojarlas con la mayor rapidez posible, yendo unos a la horca y otros a los presidios de África y Ultramar.

Nadie estaba seguro de no ir a dar con sus huesos en un cadalso, pues admitiéndose, y aun pagándose, las delaciones sin sujetarlas a prueba alguna, bastaba una enemistad enconada para encontrar un hombre honrado su perdición.

Ciento doce personas fueron ejecutadas en menos de veinte días, desde el 24 de agosto al 12 de septiembre de 1823, no contando muchas de ellas más de dieciséis años.

Un infeliz zapatero llamado La Fuente, por conservar en su taller un retrato de Riego, fué condenado a diez años de presidio, llevándole antes colgado del cuello hasta el patíbulo para verle quemar por mano del verdugo; su mujer, Soledad Mancera, por cómplice en el mismo delito, sufrió igual pena, y a dos años de prisión un hijo del matrimonio.

Era frase usual que debía extinguirse la raza de los «negros» hasta la cuarta generación.

Las sacristías y los conventos eran los antros de donde salían con mayor saña los rayos fulminatorios contra todo lo que hubiese la más ligera sospecha de haber simpatizado con la causa liberal.

En la prensa rabiosamente absolutista, de la que eran paladines la «Gaceta» y «El Restaurador», éste redactado por un fraile llamado el padre Manuel Martínez, se leían párrafos tan piosos y edificantes como éste:

«Desde que el rey ha salido de Cádiz han entrado ya en aquella plaza cuatrocientos ochenta bribones y bribonas de la negrería. Antes había cerca de mil; no se puede andar por aquella ciudad, porque no se ve más que esa canalla.»

Al poco tiempo, un Gobierno más templado creyóse, por dignidad, en el caso de suprimir este «sapo», deshonor del periodismo de aquel tiempo; pero el rey, a fuer de agradecido con el energúmeno que le escribiera, dióle la mitra de la diócesis de Málaga.

Al fin, a tanto se llegó, que las potencias extranjeras hubieron, por humanidad, de tomar cartas en el asunto, y el rey, siempre cobarde con los poderosos, echando la culpa, como había por costumbre, a los ministros, los exoneró, sustituyéndolos por otros de política más templada, compuesto por el marqués de Casa-Irujo, que se encargó de la Secretaría de Estado; D. Narciso de Heredia, de la de Gracia y Justicia; el conde de Ofalia, de la de Guerra; de la de Hacienda, D. Luis López Ballesteros, y de la de Marina, D. Luis María Salazar.

El 17 de enero de 1824, por muerte del marqués de Casa-Irujo, ocupó la Secretaría de Estado el más digno esbirro que tuvo Fernando desde que se puso la corona de España por montera; me refiero a D. Francisco Tadeo Calomarde, que por espacio de dos lustros sirvió con verdadera saña los intereses del absolutismo más funesto.

Durante esta terrible década, ayudado por el brigadier D. Francisco Chaperón, superintendente general de policía y presidente de la terrible Comisión militar, el funcionario público que más justificó su sueldo en España fué el verdugo.

Entonces fué cuando el fanatismo llegó a su verdadero delirio. Los generales eran frailes con sable, y los frailes y los clérigos, militares con sotana.

Fué entonces cuando Cataluña se cubrió de luto con las atrocidades del demente conde de España. Fué en aquel tiempo cuando el Santo Oficio hizo en Valencia su última víctima en la persona del maestro de Ruzafa D. Cayetano Ripoll, acusado de poco fanático en la educación religiosa de sus discípulos, llegando a verificarse en este asesinato jurídico la absurda ceremonia de considerarle quemado vivo, poniendo debajo del patíbulo un cubo pintado con chafarrinones rojos y amarillos, que querían representar las llamas de la hoguera inquisitorial.

Fué por entonces cuando, queriendo el rey aparecer como clemente y magnánimo con los que habían tenido a raya su soberanía absoluta, dió una amnistía, publicada el 24 de mayo de 1824, en la que eran más los excluidos que los indultados, a pesar de que empezaba tal documento con estas nobles palabras:

«Artículo 1.º Concedo indulto y perdón general, con relevación de las penas corporales o pecuniarias en que hayan podido incurrir, a todas y cada una de las personas que desde principios de 1820 hasta el 1 de octubre de 1823, en que fui reintegrado a la plenitud de los derechos de mi legítima soberanía, hayan tenido parte en los disturbios, excesos o desórdenes ocurridos en estos reinos con objeto de sostener y conservar la pretendida Constitución política de la monarquía.»

Pero el artículo siguiente volvía a dejar abiertas las válvulas de la venganza y el rencor, pues que resultaba que todos los proscritos caían de lleno dentro de las excepciones y casos especiales.

Uno de los incursos en estas excepciones fué el glorioso guerrillero de la Independencia D. Juan Martín Díez, «el Empecinado», que fué bárbaramente sacrificado en Roa en circunstancias verdaderamente trágicas, a pesar de no haber tomado parte alguna en los acontecimientos de 1814 y 1823.

Calomarde, Chaperón y Aymerich eran los verdugos del rey; el perdón era virtud que no tenía entrada en sus duros corazones. El segundo de estos lúgubres personajes, como queda dicho en anteriores páginas, era presidente de la Comisión militar, y tenía particular complacencia en asistir a las ejecuciones vestido de gran uniforme, y aun cuentan que a las veces, como el salvaje conde de España, de quien parecía hermano mellizo, complaciase en tirar de los pies a los reos que pendían de la horca.

Eran alentadores de esta gentuza las mayores dignidades eclesiásticas y los parásitos de ellas, reverenciados por la plebe, como aquel padre Maraño, bandolero disfrazado de fraile, conocido por «el Trapense», caudillo de las hordas absolutistas, que se presentaba en los lugares en que se llevaban a cabo las ejecuciones, jinete en otro asno, llevando en las manos un crucifijo y un látigo. Parece que el «Deseado» Fernando sentía singular afición por este «buen» siervo del Altísimo, borracho, mujeriego y ladrón.

¿Y para qué más horrores?

Pasemos por alto los fusilamientos de Torrijos, preso traidoramente con todos sus compañeros y fusilado en la playa de Málaga el 11 de diciembre de 1831, y el asesinato jurídico de Mariana Pineda, en el que tuvieron más parte los celos y el despecho de aquel Ramón Pedrosa, alcalde del crimen en la ciudad de Granada, que la política, puesto que estos ilustres mártires de la libertad figurarán en el libro, próximo a ver la luz,

Martirologio fernandino, y con el relato de su pasión y muerte los sucesos que los llevaron trágicamente a la cumbre de la inmortalidad.

Y como los hechos en que entonces intervino Fernando, tales como las luchas del principado catalán entre absolutistas y gubernamentales (que no eran más que el prólogo de la guerra carlista, que ya se cernía lúgubremente sobre el cielo de España), pertenecen a la Historia, quédense en el tintero las intrigas palaciegas sostenidas entre D. Carlos y su iracunda consorte D.ª María Francisca, por alzarse con la herencia del trono; quédese para las plumas cortesanas y la musa servilona de Arriaza la descripción del último matrimonio del monarca hispano con su sobrina la hermosísima princesa napolitana María Cristina, la reina agiotista, que miró el trono de España como un mercado para sus negocios bursátiles y mercantiles.

Pasemos por alto la bofetada augusta que recibiera Calomarde, y que volvió a sumirle en la nada de su insignificancia personal, y vengamos al capítulo de la muerte de Fernando, que me holgara de no haber tenido ocasión de escribir, porque ello sería prueba de que no hubiéramos presentado circunstancia para escribir el primero, que es aquel en que di cuenta de su nacimiento.

Diego SAN JOSE

(Del libro *Vida y milagros de Fernando VII.*)

BASURA HUMANA

¡Cataplum! ¡Valiente caída!... Ese viejo va borracho.

¿No lo dije? Mirad lo que arroja por la boca: mosto puro.

¿Qué es, sangre? Si..., sangre parece. Tendrá desechos los pulmones a puro beber aguardiente.

¿Y adónde lo llevarán los guardias con esos veinte o treinta andrajosos más? A El Pardo, tal vez. Parecen mendigos recogidos en la vía pública.

Los guardias intentan levantarlo a empujones, y el viejo les pide por Dios que le dejen morir allí.

Nada, que no consiguen incorporarle. ¿Será camandulero el amigo? Acostumbrado a la vida alegre de la mendicidad, se resiste a que lo encierran en el basurero piadoso donde Madrid arroja la inmundicia social.

Me alegro de que ese guardia le haya dado un puntapié, olvidándose de que su padre fué también mendigo. Me seducen los hombres valerosos.

Pero el viejo se ha propuesto morir ahí, y ni la Paz ni la Caridad lo levanta.

¿Si será desvergonzado! ¡Pues no hace muecas a los guardias!...

Mas... ¡calla! No ¡Es que está expirando!...

Me voy. Acabo de comer, y no quiero que me interrumpa la digestión el espectáculo de ese miserable, que muere revolcándose en el fango, como indudablemente habrá vivido.

José NAKENS

Conferencias del compañero Juan José Morato

(Continuación.)

Que la verdadera "república democrática federal" es "la propiedad colectiva, la anarquía y la federación económica", o sea "la libre federación universal de libres asociaciones de obreros agrícolas e industriales", fórmula que acepta en todas sus partes...

Confesemos que esta aclaración, más que para resolver dudas, había de servir para suscitar otras y otras.

Acabó la Conferencia; coronamiento de ella fué una reunión pública en la Universidad, donde hubo discusión con algunos catedráticos, y vueltos a Madrid Mora y Mesa y reunidos con Angel Mora, hicieron que se completara el Consejo federal por la Federación local.

El 27 de septiembre se reunieron todos los designados — con excepción de Lorenzo, que volvía de Londres — y se señalaban los cargos, quedando constituido el segundo Consejo como sigue: Francisco Mora (zapatero), secretario general; Angel Mora (carpintero), tesorero; Valentín Sáenz (dependiente de comercio), contador; Inocente Calleja (platero), secretario económico; Paulino Iglesias (tipógrafo), secretario corresponsal de la comarca Norte; José Mesa (tipógrafo), de la comarca Sur; Anselmo Lorenzo (tipógrafo), de la comarca Este; Hipólito Pauly (tipógrafo), de la comarca Oeste, y Víctor Pagés (zapatero), de la comarca Central.

Añadamos que de estos nueve hombres seis formaban parte del Consejo de redacción de *La Emancipación*, a saber: Mesa, Lorenzo, Francisco Mora, Pagés, Iglesias y Pauly.

De todos los miembros del Consejo federal pertenecían a la Alianza: de cierto, Lorenzo, los hermanos Mora y Mesa; acaso Iglesias y Pauly, pero no los demás. A poco de constituirse ya estaban

todos afiliados a la Sección secreta. Parece que la iniciativa de esta filiación fué de Mesa.

Mientras esto ocurría en Madrid, la Conferencia de Londres discutía y tomaba acuerdos trascendentales para toda la Internacional, trascendentalísimos para la Federación regional española.

Sabemos que las dos ramas de la escindida Federación de la Suiza romanda habían elevado su pleito al Consejo general de Londres. Este Consejo estudió el asunto y vió que los veinte votos o delegados, que parecían la mayoría, representaban nada más que trece Secciones, mientras que los dieciocho de la minoría representaban diecinueve. Por esto se reconoció a estas Secciones como tal Federación de la Suiza romanda, pero no a la fracción de las trece Secciones, aconsejando a éstas, a fin de que siguiesen en la Internacional, que adoptasen otro nombre de Federación y que el Comité federal residiera en Chaux-de-Fonds. (La carta en que se comunicaba esta resolución a los del Jura—24 de junio de 1870—tenía una postdata que decía: «Os recordamos muy amistosamente que nuestros estatutos generales dicen "que todo movimiento político debe estar subordinado como medio al movimiento económico"; recuerdo oportuno, porque esta fracción fué la que en abril votó la abstención política, como ya sabemos.»)

La fracción recibió el acuerdo con el natural enojo, y como tenía óptimos escritores y buenos periódicos, o inició el ataque o respondió duramente al ataque de la otra fracción, con lo que se encaronaron los ánimos. Quizá las cosas no hubiesen empeorado, aun siendo irreductible la diferencia de principios en lo que a la acción política se refiere, de haberse celebrado el Congreso internacional, convocado primero en París y después en Maguncia; mas la guerra y los sucesos de la Comuna, prolongándose hasta muy corrido junio de 1871, lo impidieron. Por fin, en agosto, el Consejo federal convocó a la Conferencia.

En este mismo mes de agosto parece que, contra la opinión de Bakunin, se había disuelto la Alianza en Suiza, aunque se conservara en secreto.

La Federación del Jura no pudo concurrir a la Conferencia de Londres, enviando un escrito o Memoria en defensa de su derecho. Y, según Lorenzo, las sesiones de tal Conferencia fueron apasionadísimas, llenándolas casi por completo el asunto de la Alianza y de Bakunin, por lo que él no se atrevió a opinar contra los del Jura ni a favor de ellos.

He aquí un resumen de los acuerdos recalcados:

Organización. — «Queda prohibido a las ramas, Secciones y Grupos adoptar denominaciones de sectas, como, por ejemplo, ramas positivistas, mutualistas, colectivistas, etc., o formar Grupos separados con el nombre de "Secciones de propaganda" u otras que se atribuyan misiones especiales fuera del objeto común a que aspiran todos los Grupos de la Internacional.

En los países en que la organización de la Asociación Internacional tropieza con dificultades por efecto de la intervención gubernamental, la Asociación y sus Grupos locales podrán constituirse bajo diversas denominaciones; pero toda constitución de Sección de la Internacional bajo forma secreta queda formalmente prohibida.

Asunto de la Alianza. — «Considerando que la Alianza de la Democracia Socialista se ha declarado disuelta (carta al Consejo general, fechada en Ginebra a 10 de agosto de 1871, firmada por el ciudadano Jukusky, secretario de la Alianza); que en su sesión de 18 de septiembre la Conferencia ha decidido que todas las organizaciones existentes en la Asociación Internacional de los Trabajadores estarán obligadas, de ahora en adelante, de conformidad con la letra y espíritu de los estatutos generales, a llamarse y constituirse simplemente como Grupos, Secciones, etc., de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

La Conferencia declara terminado el incidente de la Alianza de la Democracia Socialista.

Disidencia de las Federaciones de la Suiza romanda. — «La Conferencia aprueba la decisión del Consejo general de 29 de junio de 1870; hace un llamamiento a la concordia; para el caso de que no pueda realizarse una unión, las Secciones disidentes se llamarán Federación del Jura, y condena que en periódicos de la Internacional, como *El Progreso* y *La Solidaridad*, se discutan ante el público burgués cuestiones que sólo deben discutirse en los Comités locales, en los Consejos federales, en el Consejo general o en las sesiones privadas y administrativas de los Congresos.»

(Continuación.)

COSAS DE NIÑOS

—Pero, Juanito, ¿por qué has llenado de grasa a tu hermanito?

—Porque estaba chillando, y como tú pones grasa a las puertas cuando chillan..., le puse grasa para ver si se callaba.

GRÁFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92.